

Esperanza de vida: Gibbon, 1789

Edward Gibbon a los 52 años, en 1789, escribe su autobiografía, y reflexiona¹:

When I contemplate the common lot of mortality, I must acknowledge that I have drawn a high prize in the lottery of life. The far greater part of the globe is overspread with barbarism or slavery; in the civilized world, the most numerous class is condemned to ignorance and poverty; and the double fortune of my birth in a free and enlightened country, in an honourable and wealthy family, is the lucky chance of an unit against millions. The general probability is about three to one that a new-born infant will not live to complete his fiftieth year¹. I have now passed that age, and I fairly estimate the present value of my existence in the threefold division of mind, body, and estate.

¹See Buffon, *Supplement à l'Histoire Naturelle*, tom. vii, pp. 158-64: *Of a given number of new-born infants, one half, by the fault of nature or man, is extinguished before the age of puberty and reason—a melancholy calculation!*

Cuando contemplo la suerte común de la mortalidad, reconozco que me saqué un gran premio en la lotería de la vida. Sobre la mayor parte del globo se extiende la barbarie y la esclavitud; en el mundo civilizado, la clase más numerosa está condenada a la ignorancia y la pobreza; y la doble fortuna de mi nacimiento en un país libre e ilustrado, en una familia honorable y rica, es una suertuda chance de una unidad contra millones. La probabilidad general es de alrededor de tres contra uno que un recién nacido no viva para completar sus cincuenta años¹. Yo ya pasé esa edad, y voy a estimar imparcialmente el valor de mi existencia en cuanto a mente, cuerpo y propiedad. [Lo hace en los párrafos siguientes]

¹Ver Buffon, *Supplement à l'Histoire Naturelle*, tom. vii, pp. 158-64. De un número dado de recién nacidos, una mitad, por faltas de la naturaleza o del hombre, se extinguirá antes de la edad de la pubertad y la razón —un cálculo melancólico!

Gibbon, con la cita de Buffon, destaca la importancia de la mortalidad infantil. Estiman los conocedores que la esperanza de vida al nacer de nuestros ancestros cazadores y recolectores era tal vez de 25 años y poco aumento tuvo, si es que hubo alguno, durante el Imperio Romano. Aún en el 1700, los años en los que vivió Gibbon, cuando los Países Bajos eran el país más rico del mundo, e Inglaterra el segundo, la expectativa de vida al nacer era de 37 años². La mortalidad infantil comenzó a declinar en Inglaterra alrededor de la mitad del siglo XIX. Claro que no todos caían muertos a los 25 o 37, la esperanza de vida al nacer no es la misma para los que alcanzan los 10, 45 o 65 años. Siempre hubo longevos, pero la cifra enorme de la mortalidad infantil afectaba el promedio.

Páginas más allá del fragmento antes citado, Gibbon calcula que, de acuerdo a las leyes de la probabilidad, “tan verdaderas en general y tan falaces en particular”, le quedan 15 años de vida. Si tenía entonces 52 años, llegaría a los 67, y remite de nuevo a Buffon. No estaba errado, “en general”. Para 1841, aunque unos cuantos años después, la esperanza de vida, pasados los 45 años, era alrededor de esa cifra (ver Referencia 2).

Gibbon fue el mayor de seis hermanos y el único que sobrevivió a la infancia, enfermó casi continuamente hasta la pubertad, cuando mejoró y de allí hasta antes de morir sólo se quejó de la gota. Era petiso, de huesos pequeños, un *gourmet* demasiado aficionado al Madeira, sedentario, inevitablemente obeso, así lo muestran el cordial retrato de su amigo Reynolds y la anónima caricatura (Figs. 1 y 2). En 1761, por un bulto en la ingle izquierda le diagnostican hidrocele o hernia, Gibbon, que era un coqueto hombre de mundo, negó y ocultó todo lo que pudo esa deformidad, incultable para los demás desde, por lo menos, 10 años antes de su muerte. Por fin, dos meses antes de morir, comentó a su amigo Lord Sheffield su padecimiento (“*Varnish the business for the ladies*”). Gibbon no llegó a los 67 años que le pronosticaban las leyes de la probabilidad “tan verdaderas en general”. Gibbon murió en 1794, a los 57 años; las leyes de la probabilidad “son falaces en particular”. Cinco días después de morir efectuaron la autopsia un cirujano y un clínico. La causa de la muerte fueron las complicaciones del hidrocele y hernia inguinal, un bulto formidable que le llegaba hasta la rodilla. En los resultados de la autopsia estaba interesado su amigo y presidente de la *Royal Society* Joseph Banks; Gibbon era miembro de la *Royal Society*.

La salud y la enfermedad de Gibbon fueron analizadas en esmerados ensayos patobiográficos, aquellos que interpretan que la producción de una obra artística o las obras de un personaje histórico o popular están relacionadas con los avatares de su salud^{3, 4, 5}. Gibbon concibió la idea de la redacción de su obra maestra, *La historia de la decadencia y caída del Imperio Romano*, cuando tenía 27 años, en Roma el 15 de octubre de 1764, al ponerse el sol. Comenzó a escribir el primer volumen en 1778, terminó de escribir el último cuando tenía 50 años, en Lausana el 27 de junio de 1787, entre las once y las doce de la noche. En esos años padeció de repetidos ataques de gota que soportaba estoicamente y las consecuencias de la hernia, al final humillantes por la incontinencia, pero a la que nunca menciona en su vida social, diarios y autobiografía⁵.

¿Cuánto habrá influido la enfermedad de Gibbon en su labor como escritor e historiador? ¿Cómo pueden los estudios patobiográficos iluminar la obra de los patobiografiados?

Estos estudios tienen defensores y críticos. Un defensor es William B. Ober (1920-1979), patólogo y erudito historiador, quien sostiene: “Alguien puede decir que aplicar el razonamiento médico a la literatura es un procedimiento ‘reductivo’, término actualmente en boga para aludir a lo que en mi juventud denominábamos simplificación. Un punto de vista médico es reductivo si y solo pretende que es la única lectura posible y punto. Se trata simplemente de una forma de mirar un mirlo, una forma de evidencia, un elemento que debe ser tomado en cuenta en una síntesis final. Un lector puede adoptar una actitud médica para ver qué más información puede añadir con ello al *corpus* literario y crítico establecido”⁶.



Fig. 1.— Edward Gibbon, de John Hall, basado en retrato de Sir Joshua Reynolds. Grabado a buril, publicado en 1780 (1779). National Portrait Gallery (NPG D2757), Londres.

Un crítico es David J. Weatherall, profesor de medicina y fundador del *Institute of Molecular Medicine* en Oxford (UK), quien sostiene: “El hecho es que la inusual creatividad está simplemente más allá de nuestra comprensión y tal vez sea mejor que permanezca así. Entonces ¿qué es lo que continúa impulsando esta especulación interminable? En efecto, tiene todos los ingredientes de una conferencia anátomo-clínica extendida, con la atracción de que ninguno puede refutar el diagnóstico final. Visto de esta manera es lo suficientemente inofensiva”. Continúa diciendo Weatherall que el problema es que historiadores y biógrafos serios tienden a creer y perpetuar estas opiniones de la profesión médica⁷. Y agregamos nosotros, no solo historiadores y biógrafos serios, siempre el público está ansioso de escuchar las revelaciones sobre las flaquezas de las celebridades y los famosos. Y a los médicos nos gusta hacer diagnósticos y criticar a los médicos tratantes. El inofensivo ejercicio más nos tienta si carece de consecuencias desagradables. Por otra parte produce una módica satisfacción conocer la personalidad y las desgracias de los patobiografiados y concederles una compartida dimensión humana.

Cifras, tablas y gráficos muestran las esperanzas de vida con mayor precisión que las reflexiones personales. Pero no nos invitan a meditar sobre las esperanzas de vida con la inteligencia, serenidad, distancia y agradecimiento de Gibbon. A los nacidos en la segunda mitad del siglo XX en los países ricos, les tocó un gran premio en la lotería de la vida, solo falta burlar las barreras naturales del envejecimiento y, por supuesto, soportar las consecuencias.



Fig. 2.– Edward Gibbon. Artista desconocido, acuarela, circa 1825; 152 mm x 114 mm. National Portrait Gallery (NPG 3317), Londres.

La Figura 2 puede apreciarse en color en www.medicinabuenosaires.com

Juan Antonio Barcat
e-mail: jabarcat@yahoo.com.ar

1. Gibbon E. *Autobiography of Edward Gibbon*. As originally edited by Lord Sheffield. With an Introduction by J. B. Bury. Oxford: Oxford University Press (1907), 1962. pp. 217-8 y 220; 160 (concepción de *Declinación y caída*); 205 (fin del último volumen).
2. Cutler DM, Deaton AS, Lleras-Muney A. The determinants of mortality. Working Paper 11963. National Bureau of Economic Research, 2006. En: <http://www.nber.org/papers/w11963>; consultado el 24/3/2014.
3. de Beer G. The malady of Edward Gibbon. *Notes Rec R Soc Lond* 1949; 7: 71-80.
4. Foster WD. Edward Gibbon's health. *Brit Med J* 1979; 2 (6205): 1633-5.
5. Jellinek EH. 'Varnish the business for the ladies': Edward Gibbon's decline and fall. *J R Soc Med* 1999; 92: 374-9.
6. Ober WB. La infección de Boswell y otros ensayos. Análisis médico de las enfermedades de literatos. México DF: Fondo de Cultura Económica, 1995. Prólogo, p7-12. Traducción castellana de Leticia García Urriza de *Boswell's clap and other essays. Medical analices of literary men's afflictions*. Carbondale/Edwardsville, Ill,: Southern Illinois University Press, 1979.
7. Weatherall DJ. The art of medicine. Who killed Cockrobin? The limitations of pathobiography. *Lancet* 2008; 372: 108-9.

[...] *But illness came on again –nothing very serious. The great man [Gibbon] lay in bed discussing how much longer he would live –he was fifty six– ten years, twelve years, or perhaps twenty. He ate some chicken and drank three glasses of madeira. Life seemed almost as charming as usual. Next morning, getting out of bed for a necessary moment, “Je suis plus adroit”, he said with his odd smile to his French valet. Back in bed again, he muttered something more, a little incoherently, lay back among the pillows, dozed, half-woke, dozed again, and became unconscious –for ever.*

[...] Pero la enfermedad volvió de nuevo –nada muy serio. El gran hombre [Gibbon], en cama, discutía cuánto más viviría –tenía cincuenta y seis– diez años, doce años, o tal vez veinte. Comió algo de pollo, bebió tres vasos de madeira. La vida parecía casi tan encantadora como siempre. La siguiente mañana, al levantarse de la cama por un necesario momento, “*Je suis plus adroit*”, le dijo con su rara sonrisa a su valet francés. Vuelto a la cama, murmuró algo más, un poco incoherente, se recostó entre las almohadas, dormitó, medio se despertó, volvió a dormir, y quedó inconsciente –para siempre.

Lytton Strachey (1880-1932)

Portraits in miniature. And other essays. New York: Harcourt Brace, 1931.

Six English Historians. Gibbon, p 165